



JANE AUSTEN

PERSUASIÓN

AUSTRAL

JANE AUSTEN

PERSUASIÓN

Traducción

M. Ortega y Gasset



 Planeta



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Persuasion*

Traducción de M. Ortega y Gasset

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

El editor queda a disposición de aquellos que ostenten los derechos de la traducción de M. Ortega y Gasset, con quienes no ha podido contactar

Diseño de la colección: Austral / Área Editorial Grupo Planeta
Ilustración de la cubierta: Shutterstock
Primera edición en Austral: octubre de 2022

Depósito legal: B. 15.845-2022
ISBN: 978-84-08-26375-3
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

I

Sir Walter Elliot, señor de Kellynch Hall, en el condado de Somerset, era un hombre que jamás leía para su entretenimiento otro libro que no fuera la *Crónica de los Baronets*; en él hallaba ocupación para sus horas de vagar y consuelo en las de abatimiento; allí se llenaba su alma de admiración y de respeto al considerar el desmedrado resto de los antiguos privilegios, y cualquier desazón derivada de sus asuntos domésticos se tornaba fácilmente en piadoso desdén cuando recorría su vista la serie casi interminable de los títulos concedidos en el último siglo, y, por fin, ya que en otras hojas no encontraba suficiente atractivo, allí podía leer su propia historia con un interés que nunca decrecía. La página por la que abría siempre su libro favorito decía así:

ELLIOT DE KELLYNCH HALL

Walter Elliot, nacido el 1 de marzo de 1760, se casó el 15 de julio de 1784 con Elizabeth, hija de James Stevenson, hidalgo de South Park, en el condado de Glou-

cester; de esta señora —que murió en 1800— tuvo a Elizabeth, nacida el 19 de junio de 1785; a Anne, nacida el 9 de agosto de 1787; un hijo nonato el 5 de noviembre de 1789, y a Mary, nacida el 20 de noviembre de 1791.

Estos eran los términos del texto, tal y como saliera de manos del impresor. Pero sir Walter lo modificó añadiendo, para el conocimiento sobre él y su familia, después de la fecha del nacimiento de Mary, las palabras siguientes: «Se casó el 16 de diciembre de 1810 con Charles Musgrove, hidalgo de Uppercross, en el condado de Somerset», y anotando con toda exactitud el día del mes en que perdió a su esposa.

Seguía después la historia del encumbramiento de la antigua y respetable familia, en estilo llano; cómo se estableció primeramente en Cheshire; la honrosa mención que se hacía de ella en la genealogía de Dugdale; el desempeño del cargo de gobernador civil; la representación de la ciudad ostentada en tres Parlamentos sucesivos; méritos de lealtad y acceso a la dignidad de baronet en el primer año del reinado de Carlos II, con todas las Marys y Elizabeths con quienes los Elliot se unieron en matrimonio: todo ello, formando dos hermosas páginas en dozavo, concluía con el escudo de armas y la divisa: «Residencia solariega, Kellynch Hall, en el condado de Somerset», y debajo figuraban estas palabras, escritas de puño y letra de sir Walter:

«Presunto heredero, Sr. D. William Walter Elliot, biznieto del segundo de los Walter».

La vanidad lo era todo en el carácter de sir Walter. Se pagaba de su persona tanto como de su rango. Había sido en su juventud singularmente hermoso, y a los cincuenta y cuatro años era todavía un hombre atracti-

vo. Pocas mujeres estimaban más su propia figura que él la suya, y no había paje de lord de nuevo cuño que se mostrase más satisfecho del lugar que le correspondía en la sociedad. El don de la belleza solo era inferior, en opinión suya, a la suerte de ser baronet; de modo que su persona, que reunía la gloria de ambas ventajas, era el objeto constante de su devoción y respeto más fervientes.

Su presencia y su linaje podían promover al amor que les profesaba una justa querrela, pues debía haberles concedido una esposa de condición superior a la que él mismo mereciera. Lady Elliot había sido una mujer excelente, delicada y tierna, a quien después de dispensarle la juvenil vanagloria que en ella despertara ser lady Elliot nada hubo que reprocharle en lo sucesivo. A fuerza de ser dulce y complaciente y de velar sus defectos, conservó su respetabilidad durante diecisiete años, y aunque no puede decirse que fuera completamente feliz, halló en el cumplimiento de sus deberes, en sus amigos y en sus hijos motivo suficiente para amar la vida y para que no le fuera indiferente separarse de ellos al perderla. Tres hijas —las dos mayores, de dieciséis y catorce años respectivamente— eran un legado demasiado querido y una herencia harto delicada para abandonarla a la guía y tutela de un padre fatuo y estúpido. Tenía una amiga íntima, una mujer digna y apreciada, a quien el genuino afecto que le profesaba había llevado a vivir cerca de ella, en el pueblo de Kellynch, y en la discreción y ternura de esta amiga era en lo que principalmente había confiado lady Elliot para que sus hijas adelantaran en su instrucción y persistieran en los buenos principios que ella había procurado inculcarles.

Esta amiga no se casó con sir Walter, aunque lo que

precede lo haya dejado entrever. Habían transcurrido trece años desde la muerte de la señora Elliot, y seguían siendo vecinos cercanos y buenos amigos, si bien viudo permanecía él y viuda ella.

El hecho de que lady Russell, en buena edad, de carácter firme y de circunstancias sumamente apropiadas para ello, no hubiese pensado en contraer segundas nupcias no tiene por qué aclararse al público, que suele, sin razones serias, mostrar más su descontento cuando una mujer se casa otra vez, que cuando no lo hace. Lo que sí requiere explicación es la permanencia en la viudez de sir Walter. Que se sepa, pues, que, como buen padre, después de fracasar en uno o dos intentos desatinados, se enorgullecía de continuar viudo por amor a sus hijas. Por una de ellas, la mayor, hubiera renunciado a cualquier cosa, aunque, a decir verdad, nada le había puesto a prueba aún. A los dieciséis años Elizabeth había asumido en lo posible todos los derechos y la distinción de su madre. Como era muy bonita y se parecía a su padre, ejerció siempre gran influencia en la casa, y ambos se entendieron a las mil maravillas. Las otras dos muchachas gozaban de menor consideración. Mary había adquirido una importancia ficticia por haber llegado a ser la señora de Charles Musgrove; pero Anne, dotada de un espíritu distinguido y de un dulce carácter, lo que la hubiera elevado en el concepto de todo aquel que supiera apreciar la realidad, no representaba nada para su padre ni para su hermana; su consejo no pesaba; su comodidad era siempre desatendida; en una palabra, era simplemente Anne.

Para lady Russell, sin embargo, ella era la más querida, la más altamente estimada, la favorita. Ciertamente que

lady Russell los amaba a todos, pero solo Anne le hacía revivir el recuerdo de la amiga muerta.

Pocos años antes, Anne Elliot había sido una linda muchacha, pero se marchitó pronto su frescura, y si en el apogeo de su belleza era tan poco lo que el padre había encontrado en ella digno de admirarse (tan distintos de los suyos eran sus delicados rasgos y sus ojos negros), menos había de hallarlo ahora que estaba apagada y flaca. Nunca abrigó grandes esperanzas de leer alguna vez el nombre de ella en otra página de su obra predilecta, pero ahora ya no tenía ninguna. Todas las ilusiones de una alianza adecuada se concentraban en Elizabeth, porque lo de Mary no pasaba de ser un enlace con una antigua familia rural, respetable y de gran fortuna, pero a la que, está claro, había llevado ella todo el honor, sin recibir ninguno. Solo Elizabeth se casaría ventajosamente un día u otro.

No es poco frecuente que una mujer parezca a los veintinueve más hermosa que a los veinte, y puede decirse que, salvo en caso haber padecido de mala salud o ansiedad, en esa época de la vida apenas se ha perdido encanto alguno. Y así ocurría con Elizabeth, aún la hermosa señorita Elliot de trece años antes; y bien merecía disculpa sir Walter al olvidar su edad, o, por lo menos, no se le debía juzgar como chiflado del todo por considerarse a sí mismo y a Elizabeth tan juveniles como siempre, al contemplarse en medio de la catástrofe de fisonomías que le rodeaba; porque, en realidad, bien palpable era lo viejos que se iban haciendo todos sus parientes y conocidos. El rostro huraño de Anne; el de Mary, áspero; los de sus vecinos, que iban de mal en peor, y las patas de gallo que invadían rápidamente las sienes de lady Russell fueron durante mucho tiempo la causa de su desaliento.

Elizabeth no igualaba a su padre en cuanto a vanidad personal. Trece años la vieron como la señora de Kellynch Hall, presidiendo y dirigiéndolo todo, con un dominio de sí misma y una decisión que no correspondían a su temprana edad. Durante trece años había hecho los honores, dictado el régimen de la servidumbre, ocupado el puesto preferente en la carroza y marchado inmediatamente detrás de lady Russell al abandonar todos los salones y comedores de la comarca. Los hielos de trece inviernos sucesivos la habían visto presidir todos los bailes de cierta distinción que se habían celebrado en la escasa vecindad; y trece primaveras habían abierto sus capullos al marchar ella a Londres con su padre, por unas cuantas semanas cada año, para disfrutar del gran mundo. Todo esto hacía mella en su memoria, y la conciencia de que tenía veintinueve años le causaba inquietudes y recelos; le satisfacía contemplarse tan hermosa como siempre, pero sentía que los años peligrosos estaban al acecho, y hubiera dado cualquier cosa por verse debidamente solicitada por algún baronet en el plazo de uno o dos años. Solo en tal caso podría tomar de nuevo el libro de los libros con el mismo regocijo que en su juventud, pero ahora no le hacía gracia. Eso de tener siempre ante los ojos la fecha de su nacimiento, sin acariciar otro proyecto de matrimonio que el de su hermana menor, hacía del libro un tormento, y más de una vez, al dejarlo su padre abierto sobre la mesa, lo había cerrado ella con severa mirada, alejándolo de un empujón.

Había sufrido además el rigor de un desencanto, del que aquel dichoso libro, y especialmente la historia familiar, le ofrecían recuerdo perenne. El presunto heredero, el mismo William Walter Elliot, cuyos derechos

se hallaban tan generosamente reconocidos por el padre, la había desdeñado.

Persuadida desde muy niña de que, en el caso de no tener ningún hermano, sería William el futuro baronet, estaba habituada a la idea de casarse con él, y tal era el proyecto de su padre. No lo habían conocido en la infancia, y solo al poco de morir lady Elliot, empezó sir Walter a ir a su encuentro. Los primeros avances fueron acogidos con cierta frialdad; no obstante, persistió el padre en su propósito, atribuyendo la actitud del muchacho al retraimiento propio de la juventud. Por fin, en una de las excursiones primaverales a Londres, y en el primer florecimiento de Elizabeth, logró que se hiciera la presentación.

Por esta época se hallaba el joven estudiando leyes; y Elizabeth lo encontró muy de su gusto, ratificando el designio primitivo. Se le invitó a Kellynch Hall y se habló bastante de él durante todo el año, pero nunca fue. En la primavera siguiente se le vio en la ciudad otra vez: se le animó, se le invitó nuevamente, se le esperó, pero tampoco vino. Las primeras noticias que hubo de él fueron que se había casado. En vez de conducir su suerte por la línea que le marcaba su condición de heredero de la casa de Elliot, había comprado su independencia uniéndose a una mujer rica que le era inferior en nacimiento.

Esto contrarió a sir Walter, que, como jefe de la casa, juzgaba que se le debería haber consultado; tanto más cuanto que le había tendido la mano de un modo notorio. «Porque por fuerza se los ha de haber visto juntos una vez en Tattersall's y dos en la tribuna de la Cámara de los Comunes», observaba sir Walter. Manifestó, en fin, su reprobación, sin querer confesarse hon-

damente ofendido. Elliot, por su parte, ni siquiera se molestó en disculparse, y se mostró poco deseoso de mantener su relación con la familia, ya que sir Walter lo consideraba indigno: de este modo cesó entre ellos todo trato.

Aun después de pasados algunos años conservaba Elizabeth el escozor producido por este desdichado episodio con Elliot; porque ella lo había amado por sí mismo, por ser heredero de su padre y porque, para el decoro familiar, era el único partido digno de la primogénita de sir Walter Elliot. Desde la A hasta la Z, no existía baronet a quien con tanta complacencia pudiera reconocer como igual suyo. Así, pues, tan miserable había sido el comportamiento que, aunque por aquel entonces —verano de 1814— vestía ella de luto por la esposa de él, no le juzgó digno de ocupar de nuevo su pensamiento. Y si todo se hubiera reducido a aquel matrimonio, que por no haber dejado prole podía considerarse como fugaz contratiempo, las cosas habrían podido seguir otro curso; pero el caso era que la ofiosidad de algunos buenos amigos les había referido el modo irrespetuoso como hablaba de ellos y el desprecio que sentía hacia su misma sangre y hacia todos los honores que de derecho le correspondían. Aquello no podía perdonarse.

Tales eran las preocupaciones de la señorita Elliot, los cuidados a que había de entregarse, las inquietudes que amenazaban su vida, las monotonías y las elegancias, las alegrías y nonadas que constituían el escenario en que se movía. No eran otros los atractivos que podían prestar interés a una existencia campesina desprovista de incidentes, y que habían de llenar los hábitos de ocio que ninguna utilidad tenían fuera, ni, por falta

de habilidad e ingenio, encontraban adecuada aplicación dentro de casa.

Otra preocupación venía ahora a sumarse a las demás. Los asuntos de dinero tenían a su padre muy desalentado. Ella comprendía que sir Walter, al tomar las riendas sobre sus propiedades, había ahuyentado de su pensamiento las difíciles cuentas de sus menstruales y los amargos presagios del señor Shepherd, que era su agente. Las propiedades de Kellynch eran productivas, aunque insuficientes para mantener el régimen que imponían los prejuicios y costumbres de su dueño. En vida de lady Elliot hubo moderación, orden y economía, gracias a los cuales no se pasaba de consumir la renta; pero con aquella se había marchado el buen sentido, y desde entonces se gastaba más de lo que se ingresaba. No podía gastar menos; no excedía en sus gastos aquello a que su nombre le obligaba. Pero si bien no se creía merecedor de reproche, había que tener en cuenta que no solo crecían sus deudas, sino que oía tanto hablar de ellas que ni aun parcialmente podía sustraerlo al conocimiento de su hija. Durante la última estancia en la ciudad en primavera, algo le dejó caer, llegando incluso a decirle: «¿Podemos reducir nuestros gastos? ¿Se te ocurre algo que podamos suprimir?». Y Elizabeth, justo es decirlo, en los primeros momentos de alarma femenina, se puso a meditar acerca de lo que pudiera hacerse, y apuntó la conveniencia de economizar en dos extremos: cortar algunos gastos innecesarios de caridad y renunciar al nuevo moblaje del salón; a esto hubo de agregar luego la peregrina ocurrencia de suprimir el regalo que se hacía a Anne todos los años. Estas medidas, sin embargo, con ser acertadísimas, eran insuficientes para atajar el mal, cuya verdadera

cuantía fue preciso que al fin confesara a su hija. Elizabeth nada logró discurrir que tuviera suficiente eficacia. Tanto ella como su padre se sentían torturados, infortunados, y no atinaban con el recurso que contribuyera a reducir sus gastos sin rebajar su dignidad ni prescindir de comodidades sin las cuales no podían pasar.

Sir Walter podía desprenderse solo de una exigua porción de sus dominios, pero, aunque estuviera en su arbitrio enajenarlo todo, el problema persistiría. Hipotecaría cuanto fuera necesario, pero jamás accedería a vender. No. Nunca ultrajaría hasta ese punto el honor de su nombre. La propiedad de Kellynch constituiría un legado tan completo e íntegro como él lo había recibido.

Los dos confidentes, el señor Shepherd, que vivía en la ciudad inmediata, y lady Russell, fueron llamados a consulta; padre e hija confiaban en que algo se les ocurriría para sacarlos del atolladero y limitar los gastos sin el más pequeño menoscabo del placer o del rango.